

facer sus necesidades morales y religiosas. Esa edad de oro del feudalismo, si ha existido plenamente en alguna parte, no era ya más que un ideal cuando el régimen aparece consolidado, á la caída del último carlovingio.

Los castellanos, los vizcondes, los procuradores, es decir, el pequeño feudalismo, el más numeroso, el que estaba en contacto directo con el pueblo, se ocupan menos en organizar que en destruir, se cuidan menos de gobernar que de robar, explotar y saquear. En vez de proteger, oprimen. El patronato señorial parece haber tenido como consecuencias inmediatas, además del vasallaje de los protegidos, el planteamiento de una fiscalización intolerable en que todos los servicios de interés común, hasta la justicia, convertidos en patrimonio privado de una familia noble, no son más que instrumentos de extorsión. Esos feudales á quienes se nos presenta creando todas las instituciones económicas de la Edad media, las encontraron establecidas y hasta quizás funcionando desde tiempo inmemorial. Lo que ellos hicieron fué simplemente confiscarlas y monopolizarlas en provecho propio. No es tan sólo el orden y la justicia lo que falta en el régimen feudal, es también la libertad, porque la libertad no existe en dicho régimen para el mayor número sino como privilegio de los nobles, que usan del mismo, sobre todo, para luchar entre sí. Demasiado sabemos hasta qué punto los hombres de la Edad media han sufrido del feudalismo, para creer que una fatalidad histórica sea siempre provechosa á un pueblo por la sola razón de que ella existe y de que el pueblo la sufre.

III.—El castillo y sus habitantes (1)

Epoca de aislamiento y de guerra, la edad feudal se simboliza exactamente en el castillo.

Después de haber servido durante algún tiempo de refugio al campesino amenazado, la fortaleza del señor, casi siempre edificada en un sitio de difícil acceso, ofreció una guarida al bandolerismo. Útil al principio á las poblaciones vecinas, se convirtió después en su azote. Poco á poco este instrumento de defensa y de ataque vino á ocupar su sitio regular en la sociedad. Se hizo de él el centro de un resorte político que se extiende por toda la comarca del rededor, unidad de la circunscripción señorial. Los millares de castellanos, parapetados en todos los puntos del suelo de Francia, son los que constituyen el grueso del ejército feudal. Sus abusos de poder, sus exacciones, sus saqueos, son lo que ha hecho el régimen odioso.

El papel que ha desempeñado el castillo en la Edad media es de tal importancia, que la costumbre, universalmente aceptada, al determinar las relaciones del vasallo y del señor, ha tenido buen cuidado de no dejar al primero la entera disposición de sus fortalezas. El señor feudal tiene el derecho de hacerse entregar todos

(1) OBRAS DE CONSULTA.—León Gautier, *Les Épopées*, segunda edición, 1892, y *La Chevalerie*, 1890. Viollet-le-Duc, *Dictionnaire de l'Architecture française du XI^e siècle au XVI^e*, 1875, en la palabra *Chateau*. Schultz, *Das Hofische Leben zur Zeit der Minnesinger*, 1889. Langlois, *Les travaux sur l'histoire de la société française au Moyen âge, d'après les sources littéraires*, en la «Revue historique,» tomo LXIII, 1897.

los castillos comprendidos dentro del territorio de su jurisdicción y de ocuparlos militarmente durante un período fijado por el uso de cada localidad. El vasallo no puede, sin consentimiento del señor, construir nuevos castillos ni aumentar las fortificaciones de los existentes. No está permitido á los señores edificar un castillo en la parte de su territorio contigua al señorío limítrofe, es decir, en país de «marca» (zona fronteriza), porque sería una amenaza y un peligro permanente para el vecino. Aquellos de entre los altos barones que son omnipotentes en su Estado, hasta prohíben á veces á sus vasallos (como así lo hizo Guillermo *el Bastardo*, duque de Normandía) que flanqueen con torres sus murallas y que edifiquen sus torreones en una isla ó sobre una roca.

Al comienzo del siglo XI el castillo no tenía el aspecto imponente que ofrecieron más tarde las gigantescas construcciones de piedra, detrás de las cuales los nobles del tiempo de Felipe Augusto y de San Luis se creían inexpugnables. A la entrada de los valles, en la confluencia de los ríos, en el cruce de los caminos, en una eminencia natural ó sobre un montículo de tierras amontonadas por el trabajo de los vasallos sujetos á la prestación personal, se levanta un edificio de forma cuadrada ó rectangular, de varios pisos, todo él de tablas y maderas escuadradas. Abajo, en el espesor de la mota, bodegas y un pozo; más bajo, á la raíz del montículo, un foso lleno de agua. He aquí el torreón primitivo, tipo embrionario de todas las mansiones feudales. Los alrededores del torreón están defendidos por un recinto exterior, compuesto de un segundo foso más ancho y más profundo que el primero. Detrás de este foso corre una empalizada circular, hecha de fuertes tablas sólidamente unidas entre sí, y sostenidas de trecho en trecho por algunas torres de madera. La única puerta del torreón comunica con el exterior por un puente inclinado que descansa sobre caballetes ó pilares apareados, bastante movable para ser quitado fácilmente en caso de peligro, bastante sólido para soportar el peso de los hombres y de los caballos. Este sistema de defensa, rudimentario hasta la simplicidad, ofrecía el grave inconveniente de ser una presa enteramente dispuesta para el fuego. Los castellanos imaginaban conjurar este peligro cubriendo la plataforma de su torreón con una capa de pieles de animales recién desollados.

Tales eran los castillos primitivos de la Normandía y de la Isla de Francia, como así los reprodujo el artista anónimo que ha representado las hazañas de los normandos en el célebre tapiz de Bayeux. El recuerdo de los mismos se conserva todavía en los nombres tan comunes de la Motte, la Ferté, la Haye, el Plessis. Un jefe de señorío un poco enérgico podía entonces quemar y arrasarse fácilmente los torreones de los vasallos rebeldes. Guillermo *el Conquistador* y Luis *el Gordo*, buenos polizontes, sobresalieron en esta tarea. Pero los castillos de madera se reconstruían con tanta facilidad como eran destruidos, y era preciso recomenzar incesantemente.

En otras partes se veían algunos más sólidos. En ciertos países montañosos, el castillo aparece encaramado sobre alturas abruptas, defendido por los bordes escarpados de una quebrada ó de un torrente. Una espesa muralla de piedras, en forma de cuadrado, de rectángulo

lo ó de trapecio, construída en la disposición de las aristas de un pescado, ocupa toda una cima y contiene algunas veces en su recinto muchas hectáreas. Es menos un castillo que un pequeño campo atrincherado, al aire libre, donde la guarnición no tiene, para guarecerse de las intemperies, más que cabañas de tablas ó de ramas levantadas en el interior del cuadrilátero. Tal es ese viejo castillo de Montmaur, cuyos muros se ven todavía sobre una montaña de los Altos-Alpes, con su ancho foso abierto en tres lados, y su puerta única, en arco de medio punto, abierta sobre la pendiente menos accesible, á una altura de 1.300 metros.

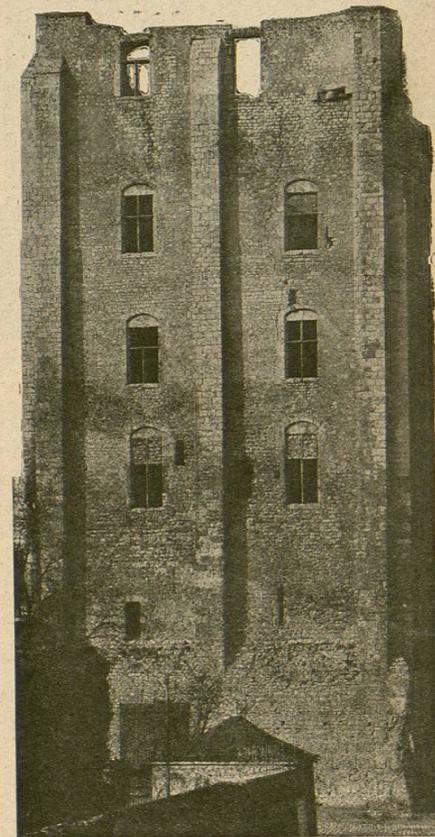
En las regiones de llanuras, como por ejemplo las de Anjou y del Poitou, las fortalezas más limitadas tienen una posición menos formidable. Son torres macizas, cuadradas ó rectangulares, apoyadas por espesos contrafuertes, horadadas por ventanas raras y estrechas, que comunican con el exterior por una sola puerta, la cual está generalmente colocada en el primer piso. Para llegar hasta ella se necesita una escalera móvil ó un puente volante. En la cima, nada de almenas ni de barbaccanas. En el interior, tres ó cuatro pisos, pero sin bóvedas, separados por simples techos de madera. Se sube de un piso á otro por una pequeña escalera practicada en un ángulo de la muralla, ó bien, según el sistema más primitivo, la comunicación se establece por medio de una trampa.

El más antiguo torreón de esta especie es quizás el de Langeais (Indre-et-Loire), enorme rectángulo flanqueado de contrafuertes macizos, construído, según se dice, por Fulco Nerra, y cuyas ruinas dominan aún el parque del compadre de Luis XI, Juan Bourré. Tales se presentan á nuestra vista el formidable torreón de Loches, con sus dos masas rectangulares apareadas, la más importante de las cuales mide 40 metros de altura y 25 metros de ancho por 15; la «Torre de César,» de forma trapecoidal, en Beaugency; las fortalezas cuadradas de Chauvigni (Vienne), de Montcontour (Vienne) y de Montbazón (Indre-et-Loire); los torreones rectangulares de Montrichard (Loir-et-Cher), de Domfront (Orne) y de Falaise (Calvados). Este último, con sus muros de cuatro metros de espesor y los poderosos contrafuertes que los protegen, levantado en la cima de un promontorio de rocas amontonadas, da la idea más aterradora de esas guaridas feudales del siglo XI y principios del XII. Se defendían por sí mismos, por su propia masa, por el espesor de sus murallas, por la dificultad que el enemigo encontraba de acercarse hasta ellas.

La raza de hombres que habita en esas guaridas, vigorosa y fuertemente templada, no se encierra allí mucho tiempo durante el día. Pasa su día al aire libre, cabalgando por las carreteras ó por los bosques vecinos. La educación del joven noble, encaminada casi exclusivamente al desarrollo físico, tiende á hacer de él un soldado ágil y resistente. Se ha exagerado, sin duda, la ignorancia de nuestros barones de la Edad media; no todos eran zafios soldados; algunos de entre ellos, en todas las épocas, supieron leer y escribir, y hasta recibieron de sus «pedagogos» los primeros elementos del latín, de la historia y de las ciencias rudimentarias que se enseñaban en las escuelas. Pero la mayoría de los niños nobles quedan siendo completamente extraños á los ejercicios del espíritu. Lo que aprenden, sobre todo

y apasionadamente, desde su más tierna edad, es la equitación, la esgrima, el arte de servirse de la jauría y de la pajarera. Apenas han llegado á la edad de la razón, cuando ya saben montar á caballo y perseguir al ciervo y al jabalí con sus padres. A los doce años, muchos abandonan la casa paterna para ser «alimentados» en la corte del señor ó de un barón ilustre, á quienes sirven á título de doncel, de ayuda de cámara ó de escudero. Deben llevar el escudo del señor, armarle para la batalla ó el torneo, desnudarle después del combate, conservar sus armas, cuidar sus caballos, servirle en la mesa y cumplir sus mandatos sin tardanza. Rudo oficio, pero todo el mundo se somete á él, por ser el aprendizaje de la caballería.

Hablaremos en otra parte de este bautismo del hombre de guerra. En seguida que ha ceñido el tahalí y maneado la espada de caballero, el joven es un noble perfecto. Se casa, se hace castellano á su vez y lleva esa existencia feudal que nos pintan con rasgos tan vivos las crónicas y los cantares de gesta. La guerra, que es su principal ocupación, raramente falta. Llegada la prima-

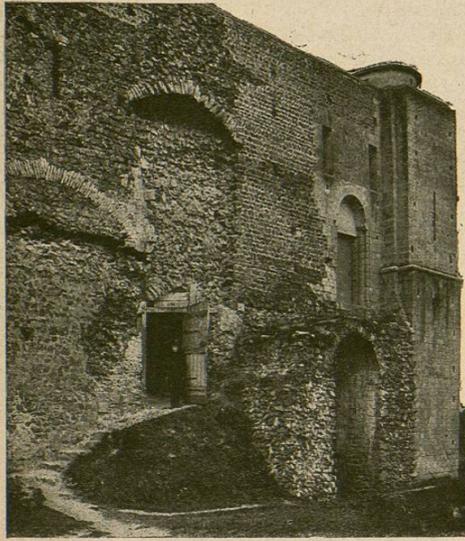


Torre de César en Beaugency

vera, marcha á la campaña, seguido de sus hombres de armas, llevando al cinto su espada con pomo-relicario y en la mano su larga lanza de madera de fresno, en lo alto de la cual ondea la banderola multicolor de tres puntas. Con la mano izquierda sostiene su escudo, bro-

quel oblongo, todo él de madera y de cuero, atravesado de bandas de metal dorado y pintado con flores y animales. Como armadura, una túnica de mallas de acero, la loriga, calzones de malla y el yelmo, un casco de acero en forma de huevo que, enlazado con el capuchón de mallas, no deja al descubierto más que los ojos.

La guerra es tan poco larga como frecuente y la estrategia es de las más sencillas. Nada de grandes batallas, muchas escaramuzas y combates cuerpo á cuerpo en medio de la refriega general. En los escasos períodos de calma, cuando por casualidad la guerra sería no existe, el noble trata de hacerse la ilusión de la misma



Ruinas del castillo de Falaise (Calvados)

combatiendo en los torneos. En la Edad media, los torneos no se parecen mucho á esos *carrouseis* ó justas del siglo xv, en que los señores, rivalizando en lujo y elegancia al mismo tiempo que en vigor y destreza en el manejo de las armas, luchan dos á dos según las reglas complicadas de la cortesía caballeresca. El torneo de la edad feudal es realmente una guerra en pequeño; toda la nobleza de los dos países vecinos acudía á la cita; bandos enteros se embestían con furor y el terreno quedaba cubierto de cadáveres.

En tiempo de paz, el barón se entrega á la caza, su pasión favorita, ejercicio útil al cuerpo y verdadera escuela de guerra. Por otra parte, encuentra en la caza un recurso indispensable para su cocina. Esos soldados, grandes comedores, gustan poco de la carne de carnicería. Se alimentan sobre todo de venado, servido en cuartos ó en pasteles de considerable anchura. Si hemos de dar crédito á nuestros viejos poemas, las comidas suntuosas son aquellas en que los trozos de jabalí y de oso alternan con los asados de cisne y de pavo, todo ello rociado con sendos tragos de un vino aromatizado con miel ó con especias. El tiempo que no lo pasa en la caza ó en la mesa, lo emplea el noble en oír la misa cotidiana, en jugar á los dados ó al ajedrez, en atravesar con fuertes botes de lanza una «botarga,» maniqué cla-

vado en un poste. Unas veces se entretiene haciendo luchar entre sí á las bestias salvajes encerradas en sus cuevas; otras veces escucha la música y las farsas groseras de los juglares de paso, siendo ésta la más intelectual de sus distracciones. Los domingos y días de gran fiesta cumple su deber feudal. Rodeado de sus fieles y de sus vasallos, preside el tribunal de justicia ó resuelve con los caballeros y los prohombres las cuestiones que interesan á todo el feudo.

Costumbres primitivas, estado de espíritu poco complicado, he aquí el estado moral del noble. Por la violencia y la movilidad de las pasiones, la ausencia de ideas generales, la irreflexión, la explosión de la codicia, las bruscas mudanzas de sentimientos y de modo de pensar, el noble de este tiempo tiene algo del niño y del salvaje. Antes que todo, admira la fuerza física, le gusta alabarse de la suya y se representa de buen grado á sus héroes como gigantes de una brutalidad poderosa. En lo moral tiene las virtudes y los vicios del bárbaro; la pasión del juego, del vino, de las mujeres, la cólera siempre á punto de estallar, la crueldad unida á la astucia, pero también la bravura que por nada se arredra, el entusiasmo ingenuo y la largueza que prodiga á los amigos el oro, las ricas vestiduras, las comidas suntuosas. Es caritativo, tanto por ostentación cuanto por humanidad, y sobre todo porque la limosna es obra pía, útil á la salvación de las almas. El barón que se preocupa de su reputación y del cielo mantiene á los pobres por centenares; pero les trata un poco como á los perros de caza, á los cuales arroja los desechos de su mesa. Profundamente desdeñoso, por otra parte, de todo lo que no es nobleza y profesión militar, lleva hasta un grado no imaginable el prejuicio de casta y el menosprecio del «villano.»

Esas almas sencillas no se mueven más que á impulsos de un resorte de gran potencia, el sentimiento religioso, formado de fe viva, de terrores infantiles y de superstición grosera. La creencia ardiente, entera, incapaz de raciocinio y de compromiso, alimenta en esas almas el odio contra el hereje, el judío, el pagano: inspirará más tarde el entusiasmo de la cruzada. Espíritus tan restringidos se interesan poco en el dogma y en las sutilidades teológicas. Para ellos la parte elevada y filosófica de la religión es letra muerta; todo se reduce al culto, y el culto, en aquella época, aparece casi enteramente limitado á las prácticas exteriores y materiales: la asiduidad en los oficios, la limosna, la abstinencia, las visitas á las tumbas de los santos, la veneración de las reliquias, la donación á las iglesias. Tienen la convicción de que las más graves infracciones de la ley moral pueden redimirse por las buenas obras; de ahí esas alternativas sorprendentes de desórdenes en la conducta y de prácticas piadosas, la sucesión de crímenes y penitencias, la alianza ordinaria del vicio y de la devoción.

El régimen feudal parece haber empujado el horizonte de las almas tanto como el de la política. Las potencias superiores y puramente espirituales del cristianismo, Dios, el Hijo, el Espíritu Santo, relegados al último plan, retroceden en un alejamiento nebuloso en el cual sus contornos se vuelven indecisos y se pierden. La devoción de la Edad media se dirige sobre todo á las potencias intermediarias entre la Divinidad y el hombre, consideradas como más accesibles, los ángeles, la

Virgen, los santos, de los cuales implora el auxilio y lo compra. No admite menos firmemente la acción continua, en este mundo, del principio contrario, del diablo, siempre pronto á tentar á los hombres y á hacerles compartir la reprobación eterna.

La religión rebajada, materializada, se feudaliza localizándose. Muchos castellanos se contentan, para sus oraciones y sus limosnas, con el monasterio vecino de su torreón y con las reliquias que en aquél se conservan. Allí hacen sus actos de piedad, redimen los crímenes cometidos, destinan al Señor á sus hijos ó á sus hijas, visten el hábito monástico en caso de enfermedad grave; allí quieren ser enterrados y dormir el último sueño. Todo lo divino, para ellos, está concentrado en esa abadía, cuyo santo patrón está exclusivamente ocupado en interceder á su favor. Soberanos en su rincón de tierra, es preciso que todo lo tengan bajo su mano, hasta la religión; un monasterio muy alejado ó que no les pertenezca en propiedad les disgusta; su ideal es fundar uno que sea cosa suya y tener monjes completamente suyos en el mismo recinto de su castillo.

Los altos barones, menos encerrados en sus viviendas y más ricos, visitan los santuarios más famosos de Francia y del extranjero. En el fondo, entienden la religión de la misma manera que los más pobres caballeros. Pequeños y grandes, fundidos en el mismo molde, tienen absoluta fe en los milagros, creen en duendes, en aparecidos, en profecías, temen los sortilegios y al diablo, y tienen un miedo espantoso de la condenación.

En este medio de soldadotes supersticiosos y brutales la mujer empieza á ocupar un sitio que hasta entonces le había sido negado. El régimen feudal le reconoce el derecho de suceder en el feudo y de poseer los señoríos. Heredando tierra y poder, sale del estado de semidoméstica á que la confinaba aún la sociedad carlovingia. Para emanciparla, el cristianismo luchaba penosamente contra las costumbres: el feudalismo hizo dar á la mujer un paso decisivo. Abadesa ó dignataria de abadía, se la juzga apta para gobernar las almas. Más tarde, el desarrollo de las ideas caballerescas y del culto á la Virgen la elevarán á una condición superior. Pero este progreso del destino femenino, tan estrechamente ligado al de la cultura general, apenas se hace sensible en el primitivo período del feudalismo. La vida llevada por los nobles no ha tenido las consecuencias importantes que algunos historiadores se complacen en señalar. Es lícito no creer sin reservas que el castillo haya creado el espíritu de familia, alentado las virtudes domésticas, hecho brotar los sentimientos de galantería noble y delicada, y refinado los corazones y los espíritus.

La castellana que pintan en el siglo xi la historia y la poesía es casi siempre una marimacho de carácter violento, de pasiones vivas, acostumbrada desde la infancia á todos los ejercicios corporales, compartiendo los placeres y los peligros de los caballeros con quienes se relaciona. La vida feudal, fértil en sorpresas y en peligros, exigía en la castellana el temple vigoroso del alma y del cuerpo, el modo de proceder de un hombre, las costumbres casi militares. El pudor y la delicadeza son aún cosas desconocidas. La joven noble recibe á los huéspedes que se presentan en la residencia paterna, cuida personalmente de su comida, de su cama, de su baño. Casada, acompaña al castellano en la caza, con el hal-

cón en la mano, porque sabe amaestrar el ave, lanzarla, llamarla ó excitarla con sus gritos, y el éxito de los monteros es á menudo obra suya. En tiempo de guerra, ó cuando su marido está de viaje, ella dirige la defensa del señorío. No retrocede delante de las peregrinaciones más largas y más peligrosas. Viviendo en medio de gentes de guerra, ¿cómo no había de contraer sus mismos hábitos y costumbres? La aspereza en la ganancia, la perfidia, la crueldad (más refinada aún en la mujer que en el hombre) son vicios habituales entre las damas nobles, capaces algunas veces de dar ejemplo á los más rudos barones.

En Ivri, la castellana Aubrée hace construir una torre de una altura extraordinaria, que sobrepaja á la de todos los torreones del país, y queda de tal modo satisfecha de su arquitecto, que le hace cortar la cabeza para impedirle que ponga su arte al servicio de nadie más. Acaba por echar á su marido de la famosa torre, queriendo vivir en ella á sus anchas, hasta el momento en que éste, entrando por la brecha en el domicilio conyugal, mata á puñaladas á la que le había expulsado de allí. Mabile, esposa de Roger, conde de Montgoméry, se complace en despojar á los nobles de sus señoríos para reducirlos á mendigar en los caminos. Furiosos, se reúnen cuatro de ellos un día que la condesa se acostaba después de haber tomado un baño, penetran en su cuarto y le cortan la cabeza. Juliana, hija bastarda del rey inglés Enrique I, queda encargada por su marido de defender contra su padre el castillo de Breteuil. Sitiada en el torreón, pide á Enrique una entrevista; después, en el momento en que él aparece, le lanza burlonamente una flecha y le yerra. El hambre le obliga pronto á capitular; pero el padre no le permite que salga por el puente levadizo; exige que baje completamente desnuda desde lo alto de la torre más elevada hasta el fondo del foso. Esto ocurría en pleno invierno. La desdichada «se refugió muy triste al lado de su marido.» En Soissons, la condesa Adelaida, para tener el libre goce del condado, hace envenenar á su hermano por un judío y ordena que arranquen los ojos y la lengua á un diácono que había incurrido en su rencor. Esas mujeres terribles no son personajes de novela; Orderico Vital y Gilberto de Nogent las han conocido; ¡y cuántas otras que se les parecen se podrían citar!

Ellas entienden, tanto como sus maridos, de estrujar al monje y al aldeano. «Un día, dice el autor de los *Milagros de San Benito*, la mujer de Archambaud el Blanco (pequeño castellano del Orleanés, vecino de la abadía de Fleuri) recorría la campiña en busca de lucros vergonzosos. Llega á la tierra del priorado de Plessi, con una escolta magnífica, como tienen la costumbre de cabalgar las damas de su rango. Era en otoño. La vendimia había concluído; el vino sacado de la prensa, había sido puesto en los toneles; había aquel año una gran cantidad. La dama ordena al monje que se le sirva una comida sin pérdida de tiempo. El monje respondió que no tenía la misión de derrochar los bienes del dominio en festines ofrecidos á mujeres. Estaba únicamente encargado de recoger los productos de la tierra para entregarlos á aquel á quien de derecho correspondían, y no quería dejar que se crease en la tierra del priorado una costumbre que no había encontrado establecida. La dama se retiró furiosa y ordenó en segui-

da á Anségise, alcalde de la localidad, que se apoderara de todo el vino de los monjes, que lo hiciera cargar en carretas y llevarlo á su bodega. La orden fué ejecutada. Pero Anségise no pudo regocijarse de ello mucho tiempo. Tenía un hijo pequeño á quien amaba sobre todas las cosas. En el momento en que las carretas, cargadas con el vino robado, llegaban á la puerta de la mansión señorial, aquel niño fué sobrecogido de una fiebre tan fuerte que estuvo á punto de morir. Entonces el hombre, comprendiendo en seguida que le había ocurrido esta desgracia por haber obedecido las órdenes de la castellana, restituyó el vino á los monjes, reconoció haber obrado mal y suplicó á San Benito que salvara á su hijo. El santo, aceptando la penitencia de este padre desesperado, lo escuchó, y el niño recobró la salud.» Había sido preciso un milagro para impedir que esa explotadora se apropiara los bienes ajenos.

La heredera noble es una presa que los pretendientes se disputan, que arrancan al padre, al tutor, hasta al marido. La historia de Sibila de Château-Porcien arroja mucha luz sobre las costumbres de aquella ruda época. Mientras que su marido, Godofredo, conde de Namur, está en la guerra, un vecino, Enguerran de Couci, se presenta en la torre de Porcien, donde se había retirado la condesa, se apercibe de que está triste por la larga ausencia de su esposo y se ofrece á reemplazarle. Sibila acepta y Enguerran se apodera del castillo. A su regreso, el conde de Namur reclama á su mujer y su dominio, que le son una y otro igualmente denegados. De esto se sigue una guerra espantosa en la cual se arrancan los ojos y se cortan los pies á los prisioneros. El señor de Couci, vencedor, queda en posesión de la heredera. Hasta encuentra un obispo para absolverle y tranquilizar su conciencia.

El señor se casa para acrecentar su feudo tanto como para procrear hijos capaces de defenderlo. A sus ojos, la mujer representa sobre todo una tierra y un castillo. Hay ganancia en casarse muchas veces; así un barón nunca permanece en la viudez. Las repudiaciones se realizan por el más ligero motivo; un grado de parentesco más ó menos remoto ó imaginario, el menor defecto físico, hasta una simple enfermedad, son causas frecuentes de divorcio. Las damas tres ó cuatro veces repudiadas abundan en la Francia del siglo XI. Hay algunas que toman ellas mismas la costumbre de cambiar de marido y se adelantan á la repudiación. En esas uniones feudales, tan pronto contraídas como disueltas, ¿cuál puede ser la parte del sentimiento? El casamiento no tiene habitualmente otro objeto que el de cimentar un tratado de alianza entre dos señoríos. Que sea elegido por el padre ó por el señor feudal, la joven acepta pasivamente el esposo que se le destina. Ni tan siquiera se toman la molestia de consultarla.

¿Cómo extrañarse, pues, de que el amor, excluido del casamiento, busque en otra parte una compensación? Las teorías inmorales, que en los siglos XII y XIII tomarán cuerpo en las poesías de los juglares y en las cortes de amor, no son simples juegos ingeniosos. La teoría ha seguido á la práctica, pero se explica perfectamente por los hechos. Basta decir que uno de los admiradores más fervientes de la Edad media (1) ha reconocido

(1) León Gautier en su libro sobre *La Chevalerie*, página 343. Consúltese Fauriel, *Histoire de la poésie provençale*, I, 497, y

«que el feudalismo tuvo sobre el matrimonio una influencia desdichada.» ¿Qué es, después de todo, un castillo? Un cuerpo de guardia; terreno poco favorable al desarrollo de las delicadezas morales y de los sentimientos de cortesía basados en el respeto debido á la mujer.

IV.—Las dependencias inferiores del feudo. Siervos y aldeanos libres (2).

Alrededor del castillo, hombres de condición sierva ó libre viven del trabajo de sus manos, en los campos, los talleres y las tiendas. Estos miserables forman parte de las dependencias inferiores del feudo. A los ojos de los dominadores de la sociedad no se cuentan más que como materia exprimible: no tienen más que un valor económico; son objetos de renta ó de beneficio.

La clase agrícola del siglo XI no tiene la fijeza y las costumbres de nuestros campesinos de hoy. Todos los aldeanos, siervos ó terrazgueros libres y semilibres, no están adheridos al terruño. Los hay que cambian de sitio, y en gran número, para ir aquí y allí á talar los bosques y poner el terreno en estado de cultivo. Esta categoría de trabajadores que se trasladan de una á otra región, ofreciendo sus brazos al mejor postor, son llamados los «huéspedes» (*hospites*, *habitatores*) ó los «extranjeros» (*convencae*, *advenae*, *pulverei*, *albani*). Se da también á la parte flotante de la población de las campiñas el nombre antiguo de *coloni*, desviado de su sentido carlovingio.

Los colonizadores se establecen, ya aislados, ya en grupos de muchos fuegos, en los bosques ó en las tierras desiertas. Más bien roturadores que agricultores, á estos hombres les gusta sobre todo cortar, quemar, hacer espaciados en los bosques: una vez terminada la tarea, se marchan á otra parte á rozar y desmontar otros terrenos. El trabajo regular del arado no es para ellos. Sin embargo, á medida que adelanta el siglo, estos peones parece que se van haciendo menos móviles. Un buen número de entre ellos se cansan de la vida errante y tratan de fijarse. Los señores que los emplean se esfuerzan en conseguir que se establezcan y que formen un plantel de cultivadores en la tierra que ellos mismos han convertido en fecunda. Tal amo exige que el heredero directo del huésped no abandone la obra empezada y conserve el hogar de su padre; otros llegan hasta coligarse entre ellos para no recibir en sus dominios á los huéspedes incapaces de fijarse, y decretan que el huésped que después de un año y un día no haya partido, ya no tendrá el derecho de marcharse. Poco á poco, en muchas regiones, la palabra *hospes* va perdiendo su sentido primitivo y designa también á los agricultores sedentarios, los «manants.» En todas partes se en-

E. Langlois, *Les Origines et les sources du Roman de la Rose*, página 3.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—L. Delisle, *Études sur la condition de la classe agriole en Normandie pendant le Moyen âge*, 1851. Los prefacios ó prolegómenos de los cartularios editados por Guérard. Lamprecht, *Etude sur l'état économique de la France au XIe siècle*, traducción Marignán, 1889. H. Sée, *Études sur les classes rurales en Bretagne*, 1896. G. Fagniez, *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, 1898 (Introducción). Flach, *Les Origines de l'ancienne France*, tomo II, 1893. Hükel, *Les poèmes satiriques d'Adalbrón*, en la «Bibliothèque de la Faculté des Lettres de Paris,» fascículo XIII, 1900.

cuentran huéspedes que se sujetan á la condición de terrazgueros libres y semilibres, ó hasta se dejan reducir á servidumbre. Sensible ya en el siglo XI, esta transformación se acentuará en el siguiente.

El cultivo está aún en la infancia. Casi en todas partes el sistema favorito del cultivador consiste en una alternación regular de los cereales de invierno, de los cereales de verano y del estado de barbecho. Un buen número de pobres labradores trabajan la tierra con la pala y el azadón. Los viñedos son numerosos: se ven hasta en países del Norte donde no existen hoy; pero se cultiva mal la viña y se prepara peor el vino. Por otra parte, las vastas explotaciones no valen mucho más que las pequeñas. La inferioridad de los medios agrícolas hace que el gran cultivo no corresponda á la gran propiedad. El señor se reserva un dominio que hace cultivar directamente por sus vasallos sujetos á esta clase de servicios, y esto basta á sus necesidades personales. En lo restante, se contenta con tener terrazgueros censatarios, á los cuales estruja tanto como puede y que le pagan más ó menos mal, en especies ó en dinero.

En todas partes, pero principalmente en las regiones montañosas y en la llanura que se extiende al Norte del Loira, la Francia del siglo XI estaba cubierta de bosques. El bosque juega un gran papel en la vida de los hombres de aquel tiempo; allí se construyen iglesias, aldeas y se apacientan inmensos rebaños. Muchas comunidades rurales gozan desde tiempo inmemorial, ó por concesión reciente del señor, del derecho de aprovechar la leña y hasta la madera. Aun cuando el desmonte sea fomentado por la Iglesia y considerado como obra santa, no por ello se hacen espaciados de gran extensión; porque el feudalismo tiene empeño en conservar sus fieras, y el mismo aldeano utiliza ampliamente los bosques que le rodean para construir sus chozas, calentarse y alumbrarse con los productos resinosos. Los bosques de encinas son los más numerosos y respetados, porque la bellota es cosa muy estimada. Como entonces se dedicaban mucho menos á la cría del ganado caballar y vacuno que del ganado pequeño, los rebaños de cerdos y de carneros constituían la más importante riqueza animal. Se crían también muchas abejas: la cera es un objeto de primera necesidad para la Iglesia, y la miel ocupa un gran lugar en la alimentación.

El rasgo más característico de esta sociedad rural es que la inmensa mayoría de los que la componen está sometida á la condición servil. Es verdad que la servidumbre admite diversos grados que es preciso tener en cuenta. Los siervos llamados «coliberts» (colibertos), muy numerosos sobre todo en nuestras provincias del Oeste y á orillas del Loira medio é inferior, quedaban exentos de algunas obligaciones comunes á los hombres de su clase. Los siervos del rey y los de las iglesias gozaban de ciertos privilegios. En general el siervo agricultor no era tan infeliz como el siervo doméstico, afecto al servicio personal de un amo; mas no por eso dejaba de sufrir la más dura, la más intolerable de todas las sujeciones. No puede ni marchar á otro sitio á voluntad, ni casarse fuera del señorío. No tiene el derecho de disponer de sus bienes en favor de otra persona que su heredero directo, y aun esta transmisión

está taxada. Puede ser vendido, pignorado y donado por su señor. Se le considera incapaz de comparecer en juicio y de prestar declaración, á lo menos contra personas libres. Para él las protecciones jurídicas no existen. Hasta su persona, en caso de delito no redimido por la multa, puede ser entregado á la brutalidad del amo ó de sus agentes.

Sus hijos pueden pasar á manos de varios dueños distintos. Leamos la siguiente acta lastimosa, tomada entre cien otras: «Nos, monjes de Marmoutier, y Gautier Renaud poseíamos en común siervos y siervas, que debían repartirse entre nosotros. En su virtud, en el año de la Encarnación 1087, el sexto día de junio, en la época del abad Bernardo, hemos procedido á la repartición de niños, varones y hembras, pertenecientes á varios padres. Hemos recibido, por nuestra parte, entre los hijos de Renato de Villana, un niño, Bartolomé, y tres niñas, Hersenda, Milésenda y Letgarda, y entre los hijos de Guascelín, una niña, Aremburga, y un muchacho, Gautier. Se exceptuó del reparto á una niña, muy pequeña, que permaneció en su cuna. Si vive, nos pertenecerá en común hasta la conclusión de un convenio que la atribuirá á uno ó á otro señorío.»

Muchos siervos procuran escapar á este destino, disimular la mancha original; pero el señor emplea procedimientos sumarios para obligar á los recalitrantes á someterse nuevamente al yugo. «Un hombre de Vendôme, llamado Gandelberto, siervo de nuestra casa, se había casado con Gerberga, que pasó á ser también nuestra sierva por efecto de dicho casamiento. Habiendo rehusado un día ese Gandelberto reconocerse como nuestro siervo, el prior Eudo se apoderó de su persona, lo llevó á Marmoutier y lo tuvo en la cárcel hasta que hubo confesado ser de condición servil. Y para indicar que no quería substraerse más á su estado, se presentó en nuestro cabildo con su mujer, y allí, en señal de servidumbre, pusieron uno y otro sobre su cabeza cuatro dineros que el señor abad aceptó en seguida delante de testigos.» Es un monje de Marmoutier el que consigna este hecho por escrito en nombre de su comunidad.

Todas las fórmulas eclesiásticas que proclaman la igualdad primordial de los hombres y la dignidad humana no pueden desviar la atención de la realidad de los hechos. El sentimiento de repulsión profunda que el noble experimenta con respecto al villano se ve expresado mil veces en los documentos históricos y las obras literarias, sobre todo en nuestra más antigua epopeya. En la época misma en que un obispo eminente, Ivo de Chartres, escribiendo á un arcipreste de París y al obispo de Orleáns, proclamaba que «delante de Cristo no hay siervo ni hombre libre, y que los hombres admitidos á los mismos sacramentos son iguales,» un arzobispo de Reims, en un sermón predicado en Laón, lanzaba sus execraciones contra los siervos que tratan de substraerse al dominio de su señor. «Siervos, ha dicho el apóstol, sed sumisos en todos tiempos á vuestros amos. Y no vengáis á tomar como pretexto su dureza ó su avaricia. Permaneced sumisos, ha dicho el apóstol, no solamente á aquellos que son buenos y moderados, sino también á aquellos que no lo son. Los cánones de la Iglesia declaran anatemas á aquellos que impulsan á los siervos á no obedecer, á usar de subterfugios, y con más fuerte razón á aquellos que les enseñan la re-